

Los dedos de mi mano

Ana soñó esa noche con aquel lejano país, el antiguo Egipto, él era uno de los esclavos que construían las pirámides, bajo un tórrido sol, en la sequedad del desierto. De pronto, una piedra enorme aplastó su dedo, mientras los demás lo miraban espantados.

Se despertó sobresaltada...., estaba en España, no en esas tierras lejanas, su tez era blanca, no morena, era una niña aún, no una persona adulta, pero su dedo sí tenía algo relacionado con las momias egipcias: se escondía tras un manto blanco de espadrapos, y tenía un sospechoso parecido a esas reliquias históricas.

Entonces recordó: el día anterior, cuando se encaminaba hacia la puerta de calle para ir a jugar a la plaza, con sus amigos, se dio cuenta que olvidaba sus juguetes. Pero el viento le jugó una mala pasada: soplaban tan fuerte que cerró antes de tiempo la puerta y atrapó uno de sus dedos. ¡Que dolor! ¡Fue como un fuerte martillazo! Se lo llevó a la boca, sintió cómo se hinchaba y luego, al mirarlo, le pareció que era otro dedo, el de una persona mayor, diferente, pero era suyo, sin lugar a dudas, porque... ¡dolía a rabiar!

Junto a su madre habían partido hacia la sala de primeros auxilios y pronto se sintió mejor. Con su dedo lastimado vestido de blanco, ahora sí que se parecía ¡una momia, semejante a las que tenía en el libro de texto!

Todavía era la madrugada, así que aguardó hasta el amanecer y, entonces, despacito, despacito, se acercó a la cama de sus padres y los observó con cuidado, especialmente para mirarles las manos y luego compararlas con las suyas. Constató que todas eran iguales pero diferentes: cada una con la misma

cantidad de dedos, la misma distribución, pero diferían en su tamaño, en su color, en su tersura. Además los dedos, los propios y los ajenos, no se parecían ni siquiera entre sí: todos flexibles, con uñas, pero ninguno igual al otro.... ¡Si hasta las huellas digitales son únicas y no se repiten en otra persona en todo el mundo, como había visto en su serie policial favorita! Todo un tema ese, el de las manos — pensó Ana — sucede casi como con las personas: todas son humanas pero no se parecen casi nada, son también tan diferentes...algunos negros, otros blancos, unos sanos, otros enfermos o discapacitados, unos felices, otros doloridos...hombres, mujeres...grandes, pequeños.

La plaza aún estaba allí, esperándola para sus juegos. Desayunó rápido y salió, cuidando que el viento no repitiera otra mala jugada.

Esta vez descansará hasta que se reponga — pensó — guardando su mano lastimada en el bolsillo.

¡Tanto lío por un dedo!, dijo Fermín al enterarse ¡Pero si no es nada, Ana! Todos nos hemos hecho daño alguna vez en las manos ¡son las que más utilizamos, además de los pies y la cabeza! — dijo riendo.

Pero Ana sabía que el dedo machucado le había enseñado algo importante sobre la vida. Soñando, observando, comparando, había descubierto que en una sola persona, como en una de sus manos, se resumía uno de los dilemas de la humanidad: ¡Las personas somos todas iguales pero diferentes! Parece una verdad de Perogrullo pero ese misterio no lo develamos todos los días. Cuando le dijo a su amigo: “todos somos como mi mano”, Fermín ya no lo escuchaba, estaba jugando con su pelota.